

Hagar, ex cristiana, Brasil



“¿Acaso son iguales quienes saben [los preceptos de su Señor y los ponen en práctica] y quienes no saben? Y por cierto que sólo reflexionan los dotados de intelecto”. (Corán 39:9)

Estas fueron las primeras palabras del Corán que me tocaron. Y cuando las leí no podía dejar de pensar en ellas. Me pregunté, ¿qué debo saber en realidad para ser capaz de entender? ¿Qué es realmente el conocimiento?

¿De qué sirve leer libros y estudiar teorías, filosofías y pensamientos, si al final seguimos sin encontrarle sentido a nuestra existencia? Las respuestas occidentales a este dilema sólo me han hecho sentir frustrada, incómoda, sin esperanza y, al final, deprimida.

En ese momento yo no podía creer en Dios ni rezar más. No estoy muy segura de cómo llegué a ese estado. Un día creía en Dios (era cristiana protestante) y al siguiente día incluso pensar en la existencia de Dios, el Creador, me parecía una tontería.

Solía leer parte del Antiguo Testamento o del Nuevo Testamento a diario y también los estudiaba. Encontré bellas palabras allí, pero que eran descartadas en la práctica, porque nadie que haya conocido vivía según ellas.

Observando el estilo de vida de la gente, la manera en que las cosas pasan, la forma en que los acuerdos y arreglos se hacen alrededor del mundo para hacer a algunos superiores a otros, llegué a concluir que este es un mundo muy injusto. Las palabras de la Biblia, aunque hermosas, no eran más que invención del hombre.

La religión no era más que una forma de mantener calmada, satisfecha y sumisa a la gente pobre y oprimida, como al ganado. Era el opio de la vida.

Pensé: “Si hay un Dios, es cínico e injusto. Yo no hago tratos con gente injusta, y por lo tanto, no voy a hacer tratos con un dios injusto”.

Deseé no haber aprendido nunca a leer y quise ser como mucha otra gente a mí alrededor. Ir al trabajo, regresar a casa, ver televisión (y aceptar todo lo que ahí se dice) leer a Sidney Sheldon[1], irme de compras, etc. Pensé que podría vivir feliz de esa manera. Pero estaba en un camino sin regreso. Después de todo lo que había visto no podía encontrar una razón para seguir viviendo.

Dejé de mirar las diferentes posibilidades en cuanto a cómo la creación se produjo y simplemente acepté que el mundo entero había surgido “al azar”. Mientras estaba en ese estado, vivía muy molesta con todas las injusticias que tienen lugar en el mundo; decidí que debía defender a una minoría. Y resultó que escogí a los musulmanes, y comencé a aprender sobre el Islam. Nunca había escuchado antes sobre el Islam, pero sentía curiosidad por conocer quiénes eran aquellos “terroristas”, como eran llamados a menudo en Occidente. Yo sabía que si la televisión los estaba mostrando como malvados, era necesario investigar, porque algo había oculto.

Sabía que la única manera de aprender sobre el Islam era ponerme en contacto con musulmanes. En Brasil, mi país, no tenemos muchas comunidades. Entonces recurrí a la Internet y conocí a muchos en salas de chat.

Un joven musulmán saudí me habló sobre Nizar Kabani[2] e investigué sobre él; encontré un poema llamado “Estoy con el terrorismo”. El poeta cita muchos eventos y lugares totalmente desconocidos para mí y me di cuenta cuán ignorante era. Nunca había oído hablar de ninguno de estos hechos.

Un día, estaba conversando con un amigo por chat, y él me mostró un sitio *web* donde podía leer el Corán. Lo abrí en un *Surah* (capítulo) al azar para leerlo.

El título estaba en árabe y le pregunté su significado en inglés, él me dijo que era “el Día del Juicio”. Recuerdo que me preguntó por qué había escogido ese capítulo del Corán.

Recuerdo haberle dicho que si hay un Dios y si Él es Omnisciente, Omnipotente, Él sabe que las palabras de castigo no me pueden afectar en absoluto. En cambio, yo buscaba palabras de esperanza, palabras razonables y efectivas de esperanza.

En ese momento recuerdo que tenía cada noche el mismo deseo: quisiera no despertar mañana. Pero al día siguiente mis ojos de abrían de nuevo. Estaba llegando a un nivel insoportable.

Dejé Brasil y viajé a Alemania.

Un día estaba realmente desesperada. Hice ablución de la forma en que leí que los musulmanes la hacían, me postré como sabía que hacen los musulmanes, y dije: “Dios, si eres real, libérame de esta situación. Muéstrame el camino”.

Alhamdulillah (Todas las alabanzas son para Allah). Él lo hizo. Sentí una gran paz en mi corazón.

En mi clase de alemán había algunas hermanas musulmanas y les pedí algunos libros sobre Islam, y ellas me dieron unos pocos. Fue en ese momento que tuve mi primer Corán. Que Allah las bendiga a todas ellas.

Leí el Corán. Y allí encontré:

“Por cierto que he creado a los genios y a los hombres para que Me adoren”. (Corán 51:56)

“Y ciertamente os ponemos a prueba unos con otros, para que se evidencie quién es paciente y quién no”. (Corán 25:20)

Y todas las respuestas que estaba buscando, estaban allí.

Mi vida no cambió. Siguió siendo dura la mayor parte del tiempo. Lo que cambió fue mi actitud para enfrentar la vida. La diferencia es que ahora sé que Él es mi Señor y mi *Walí* (Guardián), y estoy agradecida por todas las bendiciones que Él me da.

Hagar es una musulmana conversa de 42 años de edad. Ella tiene un título en lingüística y literatura, y es especialista en lengua y literatura portuguesa.

Footnotes:

[1] Prolífico guionista y novelista norteamericano.

[2] Famoso poeta sirio